

**REVISTA**

*de la*

**C E P A L**

**NUMERO 55**

**ABRIL 1995**

**SANTIAGO DE CHILE**

**ANIBAL PINTO**

*Director*

**EUGENIO LAHERA**

*Secretario Técnico*



**NACIONES UNIDAS**

## SUMARIO

<b>Una síntesis de la propuesta de la CEPAL</b>	<b>7</b>
<i>Eugenio Lahera, Ernesto Ottone y Osvaldo Rosales</i>	
<b>Consolidación de la paz después de los conflictos: un desafío para las Naciones Unidas</b>	<b>27</b>
<i>Graciana del Castillo</i>	
<b>Descentralización y democracia: el nuevo municipio latinoamericano</b>	<b>41</b>
<i>Eduardo Palma</i>	
<b>Economía política del proteccionismo después de la Ronda Uruguay</b>	<b>55</b>
<i>José Tavares</i>	
<b>Política comercial e inserción internacional. Una perspectiva latinoamericana</b>	<b>65</b>
<i>Marta Bekerman y Pablo Sirlin</i>	
<b>Movimientos de capital y financiamiento externo</b>	<b>79</b>
<i>Benjamín Hopenhayn</i>	
<b>Impacto de la política cambiaria y comercial sobre el desempeño exportador en los años ochenta</b>	<b>93</b>
<i>Graciela Moguillansky</i>	
<b>Situación y perspectivas ambientales en América Latina y el Caribe</b>	<b>107</b>
<i>Nicolo Gligo</i>	
<b>Expectativas de la juventud y el desarrollo rural</b>	<b>123</b>
<i>Martine Dirven</i>	
<b>Empresas transnacionales y cambios estructurales en la industria de Argentina, Brasil, Chile y México</b>	<b>139</b>
<i>Ricardo Bielschowsky y Giovanni Stumpo</i>	
<b>El Salvador: política industrial, comportamiento empresarial y perspectivas</b>	<b>165</b>
<i>Roberto Salazar</i>	
<b>El cambio tecnológico en los análisis estructuralistas</b>	<b>183</b>
<i>Armando Kuri</i>	
<b>Orientaciones para los colaboradores de la Revista de la CEPAL</b>	<b>191</b>
<b>Publicaciones recientes de la CEPAL</b>	<b>193</b>

# Expectativas *de la juventud* y el desarrollo rural

---

**Martine Dirven**

*Oficial de Asuntos  
Económicos, Unidad de  
Desarrollo Agrícola de la  
CEPAL.*

La mayor apertura actual al mundo de la población rural, campesina e indígena se observa particularmente en la juventud, la que tiene patrones de comportamiento, referentes y expectativas distintos a los de generaciones anteriores. Al mismo tiempo, las condiciones de vida en el sector agrícola han progresado poco y la autovaloración del productor agrícola se ha mejorado, factores ambos que impulsan a la juventud a dejarlo. En el medio rural sólo mora hoy la mitad de los que nacieron en él en los años sesenta. Se le ha dado insuficiente atención a esta realidad, que se traduce, entre otras cosas, en problemas de poca preparación y dificultades de adaptación de los que migran. En las zonas más expulsoras, el envejecimiento de la población es notorio, lo que dificulta todo desarrollo dinámico, lleva incluso al desmantelamiento de infraestructura y de servicios, y por ende a un mayor drenaje de población. Los jóvenes que aspiran a quedarse en el área rural tampoco han recibido una adecuada atención. Para aprovechar el potencial que representan es necesario tomarlos en cuenta en el diseño de políticas y crearles un espacio de participación activa en la vida tanto productiva como comunitaria, no con el fin de reproducir lo que sus padres lograron, sino para que den un salto adelante, tanto en ingresos como en calidad de vida. Es necesario eliminar también las muchas imperfecciones de mercado imperantes en el sector rural y llevar cada unidad agrícola a que se acerque a la frontera de producción óptima.

# I

## Introducción

*Es necesario —para que las políticas tengan algún efecto positivo— tomar en cuenta lo que los actores sociales “objetos” de las políticas públicas tienen como objetivos propios, y las estrategias que ellos siguen para conseguir tales fines.*

John Durston<sup>1</sup>

Esta aseveración parece tan lógica y obvia que no tendría por qué haber llamado la atención y menos ser destacada al empezar este artículo.

Sin embargo, si bien en las ponencias presentadas en el Seminario de Expertos sobre Juventud Rural, Modernidad y Democracia (en el que participaron, casi exclusivamente, profesionales de las ciencias sociales), uno de los temas recurrentes fue el de las expectativas que la juventud rural tiene —casi sin excepciones— de encontrar un futuro mejor fuera de la actividad agrícola, y ojalá fuera del ámbito rural, en los seminarios sobre desarrollo agrícola (en el que participaron, con pocas excepciones, sólo economistas o ingenieros agrícolas y comerciales) se trató el crecimiento del sector, la productividad, la innovación y la modernización, sin ocuparse mucho de los anhelos de la población.

Antes de entrar más a fondo en el tema y tratar de acercar los hallazgos de ambas corrientes disciplinarias, quisiera citar a Marguerite Bey (1993, p. 24): “... uno puede preguntarse sobre el futuro de la comunidad cuando sabe que, por ejemplo, Casinta<sup>2</sup>

contaba en 1988 con un 80% de comuneros mayores de 50 años”.

La situación a la que se alude no representa un caso aislado, sino que es bastante representativa de las regiones fuertemente expulsoras de población.

Este artículo se centra en gran medida en la juventud, por lo siguiente: “La juventud, especialmente en el medio rural, es la etapa del ciclo de vida que más se caracteriza por el pensamiento estratégico, y en la cual se toman muchas de las decisiones y acciones más determinantes de una estrategia de vida. Esto es en contraste con la infancia, cuando el futuro es motivo de fantasía, mientras que en las sucesivas fases de la vida adulta plena, las decisiones irreversibles ya tomadas y las opciones que se van cerrando hacen que el desarrollo de estrategias de vida vaya perdiendo progresivamente vigencia en la medida que el mismo ciclo vital se va completando. Las estrategias que desarrollan los jóvenes rurales son esencialmente orientadas hacia metas individuales, aunque se realicen en asociación con otras personas y aunque todos los jóvenes contribuyan también a la reproducción del hogar paterno” (CEPAL, 1993a).

# II

## Ilustraciones sobre la migración

### o los anhelos de migrar

En el documento de la CEPAL (1993a) sobre las estrategias de vida de los jóvenes rurales se citan varios ejemplos, tomados de estudios y entrevistas de los

años ochenta, diferenciando por sexo los anhelos de la juventud y sus estrategias para cumplirlos. Hombres y mujeres difieren en sus expectativas de heredar un predio, de ascender socialmente, de alcanzar una posición de respeto en su comunidad, de lograr una identidad propia, de tener acceso a ingresos propios. Esas diferencias, unidas a alternativas también diferentes a su alcance, hacen que unos y otras tengan estrategias distintas respecto a estudios, búsqueda de

<sup>1</sup> Seminario de Expertos sobre Juventud Rural, Modernidad y Democracia en América Latina, recogido en CEPAL, 1993a.

<sup>2</sup> Comunidad en el valle del Cañete, a unos 150 kilómetros al sur de Lima.

pareja, inserción familiar, inserción laboral y migración. Sus anhelos a veces son apoyados y otras contrarrestados por los padres, los cuales tienen sus propias proyecciones respecto al futuro de sus hijos y el papel que desempeñarán en el sustento de su vejez y en la conservación —o no— del patrimonio familiar y cultural.

Contrariamente a la opinión de muchos autores, el documento citado hace hincapié en que las evidencias cualitativas sugieren que un número importante de jóvenes, sobre todo varones, muestran preferencia por la agricultura por sobre otras alternativas, siempre y cuando esta actividad les permita acumular lo suficiente para no vivir en la pobreza. Esta preferencia está asociada, entre otras cosas, a la valoración dada a los lazos de parentesco y de compadrazgo, las tradiciones culturales, las formas de ayuda mutua y las posibilidades de lograr una posición de respetabilidad en la comunidad. Aun para los jóvenes sin tierra, existe alguna posibilidad de acceder a ella a través del matrimonio con una muchacha que hereda, a través del acceso compartido a tierras de un hermano, cuñado u otro familiar, o a través del arriendo o de la mediería. También es cierto que muchas veces el que se queda en el predio familiar es aquel al cual “la cabeza no le da para más”. En España existe hoy la tendencia a que sea el benjamín el que se ve en la “obligación” de quedarse, para cuidar del patrimonio familiar y de los padres (González, 1990), puesto que los hermanos mayores ya han emigrado. Este fenómeno es contrario a las costumbres hereditarias de antaño en que el hijo primogénito heredaba las tierras.

Si bien muchos jóvenes no emigran y no tienen deseos de hacerlo, está claro también que cerca de la mitad opta por emigrar, o se ve en la obligación de hacerlo, como muestran las cifras de migración rural-urbana. Algunas zonas rurales son más expulsivas que otras. Así, en Colombia, es a nivel de la “población rural esparcida”, es decir, la que no vive en las localidades principales (cabeceras), que la expulsión es mayor (Colombia, Ministerio de Agricultura, 1994, p. 87). Como se verá más adelante, los indicadores de pobreza son aún más altos en las zonas esparcidas que en las demás zonas rurales.

La migración no es sólo un anhelo de la juventud, ya que muchos de los padres buscan la escolarización de sus hijos a través de la escuela primaria, para prepararlos a insertarse mejor en el medio urbano. La oposición de los padres —al principio por lo menos— a la introducción de la enseñanza bilingüe

en Guatemala es ejemplo de este anhelo de superación fuera de la agricultura y del medio rural.<sup>3</sup> Los padres a menudo no sólo desean la migración de sus hijos con miras a elevar el bienestar de estos últimos, sino también como estrategia para su propia supervivencia en el campo, esperando aumentar sus ingresos a través de las remesas de sus hijos.

Se suele pensar que la falta de servicios (educación, salud, infraestructura, diversión) es una de las mayores razones para la migración rural-urbana. Cuba ha hecho un gran esfuerzo por disminuir las diferencias entre campo y ciudad con respecto a los servicios y por elevar el nivel de vida de sus habitantes rurales; asimismo, más que los demás países de la región, ofrece a sus jóvenes (rurales y urbanos) espacios de participación social. Además, a partir de mediados de los años ochenta, para enfrentar la escasez de mano de obra agrícola Cuba formuló objetivos explícitos en materia de distribución territorial de la población, entre otras cosas, a través de la oferta de vivienda y salarios diferenciados territorialmente. En efecto, la migración rural-urbana se ha desacelerado, y debido a la fuerte crisis económica que atraviesa Cuba actualmente, hay jóvenes urbanos que se desplazan por períodos cortos (15 días) o medianos (dos años) para trabajar en la agricultura, atraídos por la promesa de vivienda propia. Sin embargo, el gran anhelo de la mayoría de los jóvenes cubanos parece seguir siendo el de desplazarse hacia actividades no agrícolas y migrar a la ciudad, en especial a la capital (Morejón, 1993).<sup>4</sup> Es útil recordar aquí que, con pocas excepciones, América Latina se caracteriza por su poca densidad poblacional en las áreas rurales, con lo cual las inversiones en infraestructura y servicios rurales son especialmente onerosas.

Otra razón que tienen los jóvenes para migrar, además de buscar un entorno económico más promisorio, es escapar al control de los padres y a la presión social de su colectividad de origen. Efectivamente, la imagen del “buen hijo” (o buen integrante de la comunidad) como obediente, callado y sumiso es todavía la regla en muchas comunidades indígenas o campesinas, y va en contra de las tendencias “modernas” (orientación nueva también en la ense-

<sup>3</sup> Véanse, entre otros, Barrera de Martínez (1985); Matos Mar y Alberti (1980); Vecino, Tedesco y Hernández (1980).

<sup>4</sup> La última aseveración no aparece en el documento de Morejón citado, pero resaltó en sus contribuciones a los debates en el Seminario de Expertos sobre Juventud Rural, Modernidad y Democracia en América Latina, organizado por la CEPAL (Santiago, 1993).

ñanza escolar), de incentivar la curiosidad, la creatividad, el cuestionamiento, la investigación y también el individualismo. Si bien esta migración y el socavamiento de las normas sociales de antaño ponen a veces en peligro la sobrevivencia de las comunidades campesinas o indígenas, también es cierto que éstas tienen formas de adaptarse y que las remesas de los familiares que viven en el medio urbano (o en el extranjero) y la participación, a veces activa, de estos familiares urbanos en asuntos de la comunidad (por ejemplo, como intermediarios con las autoridades) también ayudan a su sobrevivencia, por lo menos en el corto y mediano plazo (Dirven, 1993; Bey, 1993).

La opción de migrar se plantea a veces a muy temprana edad. Así, por ejemplo, en el sur de Chile las niñas de la etnia mapuche se plantean cerca de los 12 años la alternativa de migrar a la ciudad para buscar trabajo como empleadas domésticas (Cecilia Díaz, citada en CEPAL, 1993a).

Algunos hechos, como desastres naturales, uno o varios años de inclemencia climática, ataque virulento de los cultivos por alguna peste o violencia debida a actividades guerrilleras o guerra civil, aceleran la decisión de emigrar temporal o definitivamente. Paraguay, por ejemplo, sufrió migraciones masivas en 1993, año particularmente afectado por las malas cosechas de algodón, cuyas plantaciones están mayoritariamente en manos de campesinos.

### III

#### Las cifras

Detrás de las cifras de población y de su evolución en el tiempo existen tres fenómenos: la migración del campo a la ciudad; los distintos ritmos de cambio (fecundidad-mortalidad) de la población rural y de la urbana, y en varios países,<sup>7</sup> cambios de definición sobre lo que constituye rural y urbano entre un censo y otro. Su lectura, por lo tanto, no es simple. De lo que no cabe ninguna duda, sin embargo, es del envejecimiento de la población y la disminución en térmi-

Según Caputo y Palau Viladesau (1994, p. 26), en los primeros nueve meses de 1993 unos 100 000 migrantes paraguayos vinieron a añadirse a los 360 000 residentes de esa nacionalidad que había en Argentina en 1992. Cabe suponer que en 1993, al igual que en 1992, la mayoría de los migrantes fueron jóvenes.<sup>5</sup>

También existen las migraciones (a veces acompañadas de expulsiones con uso de fuerza) causadas por el cambio de destino de las tierras, con un requerimiento menor de mano de obra o de mano de obra no permanente: por ejemplo, la conversión (a gran escala) de cultivos de secano en explotación forestal industrial, como ha sucedido en el sur de Chile.<sup>6</sup>

Otros factores que no se han analizado lo suficiente aún podrían tener efectos aceleradores sobre la migración. Mencionaremos tres aquí: las políticas de apertura y los acuerdos de libre comercio, con la apertura a las importaciones de productos en directa competencia con los de la agricultura tradicional (Levy y van Wijnbergen, 1992); el cambio en los hábitos de consumo hacia alimentos preparados o de apariencia más perfecta y homogénea, lo que significa una mayor participación de la agricultura más capitalizada en desmedro de la campesina, y la liberalización de los mercados de tierras, sin esquemas específicos de crédito, por ejemplo para su adquisición por pequeños productores.

nos absolutos, y no sólo relativos, del número de jóvenes rurales a partir de los años noventa.

Evidentemente, las cifras para América Latina esconden grandes diferencias entre un país y otro, y entre una región y otra en cada país. Algunas proyecciones (FAO, 1993a, pp. A-10 y A-11) indican que la población económicamente activa agrícola de América Latina disminuiría entre los años 2000 y 2010 (por primera vez desde hace varios siglos).

Las proyecciones de la población total por países que aparecen en el cuadro 1 fueron elaboradas en conjunto por el Centro Latinoamericano de Demo-

<sup>5</sup> Un 80% eran menores de 25 años, según el *Informativo Campesino*, 1992.

<sup>6</sup> Véase un análisis a fondo y con perspectiva histórica referente a procesos europeos similares, en Mazoyer, 1981.

<sup>7</sup> Entre otros: Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, El Salvador y Nicaragua (Klein, 1992, anexo).

grafía (CELADE) e instituciones nacionales; las proyecciones urbano-rurales en cambio, fueron preparadas por el CELADE, utilizando datos de los últimos censos de población (anteriores a 1990) y basándose

en la evolución del porcentaje urbano en el tiempo. La definición de población urbana que cada país utilizó en sus censos se ha mantenido en las proyecciones del CELADE.

CUADRO 1

## América Latina: Población rural y urbana por grupos de edades, 1970-2000

Edad (años)	1970	1980	1990	2000	Crecimiento (%)		
					1970 -1980	1980 -1990	1990 -2000
Población rural (miles)							
De 0 a 9	39 960	38 187	36 774	34 389	-4.4	-3.7	-6.5
De 10 a 19	27 021	28 776	28 386	27 432	6.5	-1.4	-3.4
De 20 a 29	16 920	18 594	20 298	20 152	9.9	9.2	-0.7
De 30 a 39	12 112	12 605	14 929	16 723	4.1	18.4	12.0
De 40 a 49	9 056	9 359	10 370	12 638	3.3	10.8	21.9
De 50 a 59	6 256	6 910	7 375	8 368	10.5	6.7	13.5
De 60 y más	6 253	7 437	8 538	9 673	18.9	14.8	13.3
<i>Total</i>	<i>117 579</i>	<i>121 868</i>	<i>126 670</i>	<i>129 375</i>	<i>3.6</i>	<i>3.9</i>	<i>2.1</i>
Población urbana (miles)							
De 0 a 9	44 026	58 244	71 697	82 334	32.3	23.1	14.8
De 10 a 19	35 682	52 776	66 011	79 230	47.9	25.1	20.0
De 20 a 29	25 774	42 049	58 754	72 014	63.1	39.7	22.6
De 30 a 39	18 950	28 285	43 332	59 938	49.3	53.2	38.3
De 40 a 49	14 467	19 953	28 543	43 336	37.9	43.0	51.8
De 50 a 59	10 083	14 500	19 639	27 925	43.8	35.4	42.2
De 60 y más	10 425	15 262	22 389	31 434	46.4	46.7	40.4
<i>Total</i>	<i>159 406</i>	<i>231 068</i>	<i>310 366</i>	<i>396 211</i>	<i>45.0</i>	<i>34.3</i>	<i>27.7</i>

Fuente: CELADE, 1991.

Del cuadro 2 se desprende que, según las estimaciones del CELADE, de los casi 40 millones de niños rurales que tenían entre 0 y 9 años de edad en 1970, en el año 2000 sólo quedarían en el campo 16.7 millones y de los 27 millones que eran adolescentes rurales en 1970, no quedarían más de 12.6 millones de cuarentones rurales en el 2000. Las diferencias entre la disminución rural y el aumento urbano se explican por pérdidas debidas a mortalidad y a migraciones fuera de la región.

Las cifras globales de población de América Latina ocultan que —tal como se había anticipado al hablar de anhelos— en la mayoría de los países los hombres rurales parecen tener más apego al medio rural que las mujeres, lo que produce desequilibrios importantes entre los dos géneros. Así, en 1990 había 5.2 millones más hombres que mujeres en el área rural. En el grupo de niños y jóvenes hasta 30 años, esta diferen-

cia era de 3.2 millones (7% más hombres jóvenes que mujeres jóvenes), con las dificultades que esto puede entrañar para formar pareja y tener una vida social plena. La situación en el entorno urbano está al revés, por supuesto, aunque el desequilibrio es relativamente menor y por lo tanto se siente menos. Al mismo tiempo, existe un número creciente de mujeres (viudas, separadas, o cuyo cónyuge trabaja en otro lugar) que se encuentran desempeñando el papel de jefe de hogar y de productor agrícola, muchas veces con menor capacidad aún que los hombres para acceder a crédito, título sobre la propiedad, etc. (Muriedas, 1988).

Sin embargo, la migración pasada no fue un mal en sí. De hecho, si ninguno de los niños rurales que nacieron entre 1960 y 1990 hubiese migrado (o muerto), habría habido 115 millones de niños y jóvenes rurales entre 0 y 30 años en 1990, en vez de los actuales 85.5 millones (en 1970 eran 84 millones).

CUADRO 2

**América Latina: Cambios en la población, por grupo de edades y décadas<sup>a</sup>**  
(Miles de personas)

Población	1970-1980	1980-1990	1990-2000	Total	Edad en el año 2000
<b>rural</b>					
De 0 a 9	-11 184	-8 479	-3 575	-23 237	De 30 a 39
De 10 a 19	-8 427	-3 665	-2 292	-14 383	De 40 a 49
De 20 a 29	-4 315	-2 235	-2 002	-8 552	De 50 a 59
De 30 a 39	-2 754	-1 983		-4 737	De 60 a 69
De 40 a 49	-2 146			-2 146	De 70 a 79
<b>Población urbana</b>					
De 0 a 9	8 749	5 978	1 184	15 912	De 30 a 39
De 10 a 19	6 367	1 283	4	7 654	De 40 a 49
De 20 a 29	2 511	258	-618	2 151	De 50 a 59
De 30 a 39	1 003	-314		689	De 60 a 69
De 40 a 49	33			33	De 70 a 79

Fuente: CELADE, 1991.

<sup>a</sup> Este cuadro es el resultado de una lectura en diagonal, en el cuadro 1, de la primera línea de los grupos de edades de 1970, con la segunda de los de 1980, y así sucesivamente, para ver a través de las décadas lo sucedido con los que respectivamente eran niños, adolescentes, etc., en 1970.

Lo que inquieta es la insuficiente atención que se ha prestado a la disminución previsible de la juventud en el futuro,<sup>8</sup> a los anhelos de la juventud actual y a las consiguientes perspectivas futuras de desarrollo, así como a la realidad del pasado reciente, los actuales desequilibrios demográficos, el vaciamiento y la involución de algunas zonas, y la poca preparación y dificultades de adaptación a otro medio de las personas involucradas (Dirven, 1993). Por otro lado, el mundo que recibe a la población migrante muestra poca preparación o incapacidad para hacerlo adecuadamente. En efecto, las urbes de la región padecen muchos problemas y el aumento de la pobreza urbana y el empleo informal urbanos indicarían que ellas no han podido absorber suficientemente la migración rural-urbana anterior y que muchos de los

problemas simplemente se trasladaron desde el campo a la ciudad.

Según cifras de la CEPAL (1993b, p. 45), el porcentaje de hogares en situación de indigencia en la región habría disminuido de 34 a 30% entre 1970 y 1990 en el área rural, y habría aumentado de 10 a 13% en el área urbana. Asimismo, el de los hogares en situación de pobreza habría disminuido en el mismo lapso de 62 a 53% en el área rural y habría aumentado de 26 a 34% en el área urbana. En el total de hogares, tanto la pobreza como la indigencia se habrían reducido en 1% entre 1970 y 1990. Mientras tanto, entre 1980 y 1985 el empleo informal no agrícola habría pasado de 26.1 a 30.7% del empleo total no agrícola (OCDE, 1990, p. 22) y se habría mantenido en este porcentaje en 1989 (OIT, 1992, p. 44).

## IV

### Autoimagen y apreciaciones sobre el futuro

La imagen de "campesino", "trabajador de la tierra" o "indígena" está muy desprestigiada en la sociedad en general. Este desprestigio, difundido de manera indirecta

por los medios de comunicación social (a los cuales tienen acceso crecientemente los habitantes rurales),<sup>9</sup> la es-

<sup>8</sup> Un cálculo simple suponiendo que se mantiene el cambio porcentual de los nacimientos previstos entre 1990 y 2000 y de la migración por grupo etario, muestra que en 2010 habría 78 millones de jóvenes rurales entre 0 y 30 años y 72 millones en 2020 (el CELADE proyecta 82 millones para el año 2000).

<sup>9</sup> Para citar sólo un ejemplo: una encuesta hecha a 80 familias pertenecientes al grupo de extrema pobreza en la provincia de Osorno, Chile, arrojó que 28.7% tenía acceso a radio y televisión y 60.1% tenía acceso a radio. De este total, 46.3% también tenía acceso a periódico, mientras sólo 8.7% no tenía acceso a (o interés en) ninguno de los medios de comunicación (Bastías Urra, 1983).



cuela y los diversos mensajes de “urbanidad” y “modernidad”, se refleja en una autoimagen deteriorada. En una encuesta hecha a 500 campesinos a lo largo de Chile, resaltó que ellos resienten fuertemente el hecho de no aparecer como protagonistas en los programas de televisión y que cuando, por ejemplo, se habla sobre el auge exportador de la fruta, sólo se recogen las experiencias de exportadores y agroindustriales y no las de los campesinos o de sus representantes gremiales. Esta falta de protagonismo es considerada una desvalorización implícita del campesino y de su rol como actor económica y socialmente relevante.

La autoimagen negativa del “trabajador de la tierra” se traduce, entre otras cosas, en su disconformidad por desempeñarse como tal. Así, una encuesta de hogares efectuada en 1988 en los barrios marginales de las ciudades de Manizales y Chinchiná (ambas en el departamento de Caldas, Colombia), mostró que un alto porcentaje de los trabajadores (41.5%) se desempeñaba en el sector agrícola. Las entrevistas conducidas posteriormente mostraron que ninguno de los entrevistados deseaba realmente trabajar en este sector, pero por su falta de calificaciones y de documentos para ingresar al mercado de trabajo formal y por la ausencia de otras oportunidades de trabajo o de fuentes de trabajo complementario, el sector cafetalero les daba una alternativa fácil. Todos los entrevistados opinaron que su nivel de vida había mejorado desde su migración a la ciudad (Hataya, 1992). Esta opinión se ve corroborada por los índices de pobreza según necesidades insatisfechas, como se verá más adelante en el cuadro 5.

En Paraguay, a pesar de esta imagen negativa y de la migración masiva de campesinos jóvenes paraguayos en 1992 y 1993 que mencionamos anteriormente, las respuestas de 152 jóvenes (68 varones y 84 mujeres) entre 14 y 23 años, de familias típicamente campesinas provenientes de siete de los 17 departamentos del país, muestran un relativo optimismo en cuanto al futuro del campesinado (cuadro 3).

¿Será necesario recalcar que los jóvenes representan un gran potencial para el desarrollo rural, tanto por la mayor educación que han recibido —aunque

CUADRO 3  
**Paraguay: Visión de jóvenes campesinos acerca del futuro, 1993**  
(Porcentajes del total de respuestas, por género)

	Varón	Mujer	Total
<i>Futuro del país</i>			
Mejor	36.8	38.1	37.5
Igual	39.7	27.4	32.9
Peor	23.5	34.5	29.6
<i>Futuro del campesinado</i>			
Bueno	12.1	33.7	24.2
Regular	75.8	50.6	61.7
Malo	12.1	15.7	14.1

Fuente: Caputo y Palau Viladesau, 1994, pp. 23 y 24.

resta mucho por hacer respecto de la calidad, contenido y duración de la educación formal y de la capacitación—, como por ser más permeables a la “modernidad” y por tener el entusiasmo propio de la juventud? Para aprovechar su energía y el potencial que representan, es necesario crearles un espacio para que participen en la vida comunitaria y para que tengan la oportunidad —a través del acceso a los mercados, a la información y la tecnología, a la tierra y a otros medios de producción, a créditos, etc.— de hacer su aporte productivo, no para reproducir lo que sus padres lograron, ni mejorar tangencialmente, sino para dar un salto adelante, tanto en ingresos como en calidad de vida. De no ser así, la sangría de talentos y de fuerza juvenil seguirá dejando varias regiones en involución. Los tiempos han cambiado, y muchos jóvenes tienen patrones de referencia y expectativas distintas de los de generaciones anteriores. Ya no se migra o se deja la actividad agrícola únicamente porque la familia no tiene posibilidades de sobrevivir en ella, sino porque existe un anhelo positivo de mejoramiento de sí mismo.

La descentralización participativa tal como está encaminada, por ejemplo, en Colombia, y dejando un espacio específico para la participación de los jóvenes, puede ofrecer a los habitantes rurales la percepción de un nuevo protagonismo que, a largo plazo, ha de reforzar su autoimagen y su esperanza de un futuro mejor.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> Véase en Machado, 1994, un análisis de la reciente descentralización participativa en Colombia (leyes y decretos, así como la identificación conjunta por la comunidad local y la municipalidad

de los proyectos y programas que quieren ejecutar y de las modalidades de financiamiento y ejecución).

## V

## La pobreza rural y las (im)posibilidades de salir de ella

Los datos sobre pobreza son distintos según la fuente que se consulta, tanto en su magnitud como en el sentido de su evolución en el tiempo. Por ejemplo, el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA, 1993) da cifras mucho más pesimistas que la CEPAL, indicando en general un em-

peoramiento de la pobreza rural entre 1965 y 1988. Independientemente de las discrepancias que puedan existir entre las distintas fuentes, no cabe duda de que la incidencia de la pobreza en el medio rural era alta en el pasado y seguía siéndolo en 1990 (cuadro 4).

CUADRO 4

**América Latina:<sup>a</sup> Magnitud de la pobreza, 1970 a 1990**  
(Porcentajes)

Año	Hogares en situación de pobreza <sup>b</sup>			Hogares en situación de indigencia <sup>c</sup>		
	Total	Urbanos	Rurales	Total	Urbanos	Rurales
1970	40	26	62	19	10	34
1980	35	25	54	15	9	28
1986	37	30	53	17	11	30
1990	39	34	53	18	13	30

Fuente: CEPAL, 1993b.

<sup>a</sup> Incluye 19 países, 14 de los cuales vienen con cifras individualizadas en CEPAL, 1993 b.

<sup>b</sup> Porcentaje de hogares cuyo ingreso es inferior al doble del costo de una canasta básica de alimentos. Incluye los hogares en situación de indigencia.

<sup>c</sup> Porcentaje de hogares cuyo ingreso es inferior al costo de una canasta básica de alimentos.

Un estudio reciente sobre la pobreza rural en Colombia (cuadro 5) muestra claramente, primero, que los niveles de pobreza rural son elevados en general; segundo, que la pobreza, medida tanto por los ingresos como por las necesidades insatisfechas, es mucho mayor en la región atlántica que en las demás regiones del país, y tercero, que las diferencias de pobreza entre las cabeceras municipales y las áreas dispersas son más agudas en lo que hace a las necesidades insatisfechas que a los ingresos.

La diferencia en la satisfacción de necesidades básicas entre las cabeceras municipales y las áreas con población dispersa es notable; no debe extrañar entonces que muchos jóvenes opten por irse de las zonas con población dispersa, como indicaron las cifras dadas en la sección anterior.

El mejoramiento del nivel de vida de la población rural a través de una mayor satisfacción de sus necesidades podría tomar dos vías distintas: incenti-

var la migración hacia las cabeceras municipales y a la vez facilitar el transporte diario hacia los lugares de trabajo, o bien facilitar a la población dispersa el acceso a infraestructura y servicios que ayuden a satisfacer sus necesidades, siempre y cuando los análisis de costo-beneficio y de costo de oportunidad arrojen resultados positivos.

Para mejorar el nivel de vida de la población rural a través del aumento de sus ingresos es preciso crear empleos más productivos, ya sea en la agricultura, ligados a la agricultura o en otros sectores. Aunque se estima que actualmente algo más de 30% de la población rural económicamente activa lo esté fuera de la actividad agropecuaria propiamente tal (Klein, 1992), lo que sigue enfoca sólo a esta última.

Ciertamente, uno de los caminos para aumentar los ingresos de la población activa en la agricultura es el de elevar la productividad de los factores y la aplicación de tecnologías de mayor rendimiento. Una

CUADRO 5

**Colombia: Proporción de personas pobres en el sector rural, 1988**  
(Porcentajes)

	Total nacional	Areas con población dispersa	Núcleos no cabeceras	Cabeceras municipales	Región atlántica	Región oriental	Región central	Región del Pacífico
<i>Según sus necesidades insatisfechas</i>								
Pobreza crítica	35.7	43.4	36.3	17.6	57.0	28.3	28.9	30.1
Pobreza no crítica	26.9	36.8	29.6	21.4	21.8	26.4	29.3	30.2
<b>Total pobres</b>	<b>62.6</b>	<b>80.2</b>	<b>65.9</b>	<b>39.0</b>	<b>78.8</b>	<b>54.7</b>	<b>58.2</b>	<b>60.3</b>
No pobres	47.4	19.8	34.1	61.0	21.2	45.3	41.8	39.7
<i>Según sus ingresos</i>								
Pobreza crítica	34.8	38.6	32.2	28.3	45.3	41.4	25.7	27.4
Pobreza no crítica	30.4	30.7	32.1	28.3	30.5	26.8	34.6	28.7
<b>Total pobres</b>	<b>65.2</b>	<b>69.3</b>	<b>64.3</b>	<b>56.6</b>	<b>75.8</b>	<b>68.2</b>	<b>60.3</b>	<b>56.1</b>
No pobres	34.8	30.7	35.7	43.4	24.2	31.8	39.7	43.9

Fuente: Ayala Oramas, 1994, p. 99, basado en la encuesta de hogares rurales hecha por el DANE.

serie de estudios empíricos (entre otros los de Cotlear, 1989; Lockheed, Jamison y Lau, 1980; Phillips, 1987; Figueroa, 1986; Inkeles y Smith, 1974) confirman la importancia de la enseñanza formal en la capacidad y disposición del individuo para adoptar nuevas tecnologías y adaptarlas a los requerimientos específicos de su predio. En particular, Figueroa (1986) relaciona la fluidez en el cálculo de las cuatro operaciones básicas, regla de tres y cálculo de porcentajes, así como el paso de una medida a otra (gramos por litro, kilogramos por hectárea, centilitros por litro, etc.) con la posibilidad de aplicar bien los insumos

requeridos por la tecnología moderna. Generalmente estas operaciones se empiezan a enseñar sólo a partir del cuarto año de enseñanza primaria y empiezan a manejarse mejor a partir del sexto (CEPAL, 1991a). Si tomamos esto como premisa, la educación en el sector rural sigue siendo deplorable, aunque haya mejorado bastante si se compara lo logrado por los jóvenes menores de 30 años y por la población mayor de 30 (y más bien cercana a los cuarenta) ahora (cuadro 6). Cabe señalar que, salvo en Guatemala, una mayor proporción de las mujeres rurales jóvenes ha cursado más años de educación formal que sus pares varones.

CUADRO 6

**América Latina (cinco países): Años de educación formal de los varones rurales, a mediados de los años ochenta**  
(En porcentaje del grupo etáreo)

	Entre 15 y 19 años		Mayores de 30 años	
	Hasta 3 años de educación formal	Hasta 6 años de educación formal	Hasta 3 años de educación formal	Hasta 6 años de educación formal
Guatemala (1986)	60.3	91.0	88.9	97.9
Brasil (1987)	55.6	90.4	77.0	95.8
Venezuela (1986)	25.5	73.2	—	—
Costa Rica (1988)	11.5	71.2	44.0	84.5
Panamá (1986)	8.2	56.6	48.0	87.3

Fuente: Varios cuadros basados en las encuestas de hogares, tomados de CEPAL, 1991b.

La dotación de recursos agrícolas de América Latina (tierras por habitante, calidad de las tierras, disponibilidad de agua) es privilegiada si se la compara con la de otras regiones (FAO, 1993a). Sin embargo, sus rendimientos (kilogramos por hectárea) son

en muchos casos menores que en otros continentes, sobre todo en los productos más tradicionales (maíz, frijoles, papa, yuca) que son cultivados en su mayor parte por campesinos y poblaciones indígenas, en minifundios. Más grave aún —sobre todo en un mundo

volcado al libre mercado y a la apertura—, es que América Latina exhibe una pérdida relativa de productividad en la mayor parte de los cultivos, ya que los incrementos de rendimiento logrados han sido en promedio menores que los obtenidos a nivel mundial, y también menores que los obtenidos por el promedio de los países en desarrollo.

A continuación, en vez de mirar los rendimientos en cantidades físicas por hectárea, consideraremos el valor agregado por hectárea y por persona activa en la agricultura, descontando por lo tanto el costo de los insumos utilizados para llegar a una agricultura más intensiva y, por ende, a rendimientos mayores (cuadro 7).

CUADRO 7

## América Latina y el Caribe: Mediciones de productividad, 1990

	Valor agregado por la agricultura (millones de dólares corrientes) a	Población económicamente activa (PEA) agrícola (miles) b	Tierras arables y cultivos permanentes (miles de ha) b	Hectáreas/PEA	Porcentaje de tierra regada b c	Valor agregado/PEA agrícola (dólares/persona) d	Valor agregado por hectárea (dólares/ha)
Mundo		1 109 621	1 444 217	1.30	21.4		
América Latina y el Caribe <sup>e</sup>	104 716	41 238	151 954	3.68	10.4	2 540	690
Argentina	12 405	1 197	27 200	22.7	6.2	10 360	460
Bolivia	1 069	949	2 308	2.43	7.1	1 130	460
Brasil	42 288	13 366	60 000	4.49	4.5	3 160	700
Chile	-	585	4 526	7.74	27.9	-	-
Colombia	6 876	2 885	5 420	1.88	9.6	2 380	1 270
Ecuador	1 435	996	2 725	2.74	20.3	1 440	530
Perú	2 420	2 443	3 730	1.53	33.8	990	650
Costa Rica	915	251	529	2.11	22.3	3 640	1 730
Guatemala	1 978	1 346	1 885	1.40	4.1	1 470	1 050
México	21 074	9 340	24 710	2.65	21.0	2 260	850
Haití	-	1 823	905	0.50	8.3	-	-
Jamaica	209	324	269	0.83	13.0	650	780
República Dominicana	1 273	819	1 446	1.77	15.6	1 550	880

Fuente: Banco Mundial, 1992, p. 224; FAO, 1992.

<sup>a</sup> Cifras del Banco Mundial.

<sup>b</sup> Cifras de la FAO.

<sup>c</sup> Porcentaje de las tierras regadas sobre las tierras arables y cultivos permanentes.

<sup>d</sup> Las cifras obtenidas para el valor agregado por persona económicamente activa y por hectárea son coherentes (algo más elevadas, pero en los mismos órdenes de magnitud) con las que aparecen para 1985 (único año disponible) en FAO, 1993b, pp. 140-141 y 143-144.

<sup>e</sup> Las cifras de la FAO para América Latina y el Caribe agrupan, además de los países citados en el cuadro, a: Anguila, Antigua y Barbuda, Antillas Neerlandesas, Aruba, Bahamas, Barbados, Belice, Cuba, Dominica, El Salvador, Malvinas, Granada, Guadalupe, Guyana Francesa, Guyana, Honduras, Islas Caimán, Islas Turcos y Caicos, Islas Vírgenes Británicas, Islas Vírgenes de los Estados Unidos, Malvinas (Falkland Islands), Martinica, Monserrat, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Puerto Rico, Saint-Kitts y Nevis, Santa Lucía, San Vicente y las Granadinas, Suriname, Trinidad y Tabago, Uruguay y Venezuela.

Vemos así que en algunos países el valor efectivamente agregado por la agricultura es insuficiente para dar ingresos “decentes” (por encima de la línea de pobreza establecida por cada país) a la población económicamente activa en ella, aunque se le divida por igual entre todos. Ante esta situación habría dos soluciones: elevar el valor agregado o disminuir el número de personas ocupadas en la agricultura.

Por las diferencias existentes entre países, parecería posible elevar el valor agregado por hectárea, cambiando cultivos y mejorando la función de producción mediante información más adecuada, creación o dinamización de mercados, incorporación de tecnología y otras vías.

Si consideramos el valor agregado por hectárea alcanzado por Costa Rica como una suerte de fronte-

ra tecnológica cercana a la óptima, podríamos recalcular el valor agregado por persona económicamente activa en la agricultura, si todos los países estuviesen produciendo “en la frontera”. Aún después de este cálculo —suponiendo un valor agregado por hectárea cercano al “óptimo”, una distribución equitativa del valor agregado entre todas las personas económicamente activas y la existencia de dos personas económicamente dependientes de cada trabajador agrícola—, se observa que en varios países<sup>11</sup> no se logra llegar a un ingreso “decente”. En estos casos, como respuesta a la pobreza de la población agrícola no bastaría un mejor acceso a la tierra, al crédito, a los insumos, al riego, a la tecnología, a la información, al seguro y a los mercados, sino que también debería disminuir el número de personas económicamente activas en el agro y aumentar la productividad de la mano de obra.

Sin embargo, en su proyección hasta al año 2010

la FAO prevé un aumento de la población económicamente activa en la agricultura justamente en varios de los países donde el valor agregado por persona económicamente activa agrícola es demasiado bajo, aun después de hacer la corrección para llegar a un valor agregado por hectárea “de frontera”.<sup>12</sup>

Si retomamos los valores agregados actuales en la agricultura e introducimos la inequidad de la distribución de las tierras se puede sopesar —de manera muy aproximada, por cierto— la posibilidad de generar ingreso a nivel de minifundio.

La estimación del ingreso en pequeñas explotaciones agrícolas que se presenta aquí (cuadro 8) supone que el valor agregado medio es válido para el pequeño productor, que los últimos datos disponibles sobre la superficie media de la pequeña propiedad siguen siendo válidos en 1990 (a pesar de su evolución en el tiempo, por lo general descendente), y que el hogar medio del minifundista se compone de cinco personas.

CUADRO 8

**América Latina y el Caribe: Estimación del ingreso de las pequeñas explotaciones agrícolas, 1990**

	Tamaño medio de la explotación (ha)	Valor agregado por ha (dólares/ha)	Valor agregado medio en las pequeñas explotaciones (dólares) (1) x (2)	Valor agregado medio por integrante del hogar <sup>a</sup> (dólares)
	(1)	(2)		
América Latina y el Caribe	2.1	690	1 449	290
Argentina	8.9	460	4 094	819
Brasil	2.1	700	1 470	294
Colombia	2.6	1 270	3 302	660
Ecuador	1.9	530	1 007	201
Perú	1.4	650	910	182
Costa Rica	3.9	1 730	6 747	1 349
Guatemala	1.8	1 050	1 890	378
México	1.7	850	1 445	289

Fuente: Cuadro anterior.

<sup>a</sup> Suponiendo un promedio de cinco personas por hogar.

El panorama actual del minifundio ciertamente no es alentador. En 1981 se estimaba que cerca de 70 millones de personas —más de la mitad de la población rural de la región— estaba directamente vinculada al minifundio o eran trabajadores agrícolas sin tie-

rras (López Cordovez, 1985, p. 27). Esta realidad, y la pobreza que conlleva, se suma a las motivaciones psicosociales descritas en una sección anterior para impulsar a la juventud a buscar un mejor futuro fuera de la agricultura y del ámbito rural.

<sup>11</sup> Entre otros, Colombia, Guatemala, Jamaica, Perú y la República Dominicana.

<sup>12</sup> La PEA agrícola aumentaría entre 1980 y 2010 en Bolivia, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua, Paraguay, Perú, Jamaica y México (estos dos últimos hasta el 2000), mientras disminuiría en los demás países de la región (FAO, 1993a, pp. A-10 y A-11).

## VI

### Programas para retener a los jóvenes en la actividad agrícola

En la mayor parte de los países de América Latina, los jóvenes rurales egresados del sistema escolar no son objeto de esfuerzos especiales de desarrollo (ni de las autoridades, ni de las organizaciones no gubernamentales, ni de los gremios). Las pocas medidas especiales dirigidas a la juventud sólo atañen a un porcentaje mínimo de ella. Por lo general, se trata de cursillos en materias específicas de producción, a veces acompañados por cursillos de gestión empresarial y por créditos. Tal como lo indicamos antes, toda acción tendiente a desarrollar el sector agrícola o rural (acompañada de un esfuerzo por abrir mercados) es laudable y puede mejorar la situación de los que dependen de él. Pero los resultados de los programas destinados a la juventud, por tener una cobertura reducida y porque suelen atacar sólo una parte mínima de los problemas —muchas veces insuficientemente identificados en su complejidad y magnitud—, son necesariamente limitados.

En vista de que en la región hay pocos programas de envergadura para la juventud agrícola, y de que varias regiones rurales de Europa enfrentan —al igual que América Latina—, una alta migración de los jóvenes y el consecuente envejecimiento demográfico de la población restante, nos permitimos esbozar aquí una evaluación de algunos de los programas que la Comunidad Europea (CE) ha instaurado para paliar estos desequilibrios demográficos.

El programa de apoyo de la CE a la instalación de jóvenes (hasta 35-40 años) en la agricultura exige que al menos el 50% de los ingresos del joven beneficiario provenga de la actividad agrícola y que él dedique el 50% de su tiempo laboral al agro por lo menos durante los primeros cinco o diez años desde su instalación. La instalación se hace de manera inmediata por adquisición de la propiedad, usufructo, arrendamiento, etc., o bien de manera gradual, mediante fórmulas de colaboración con el titular de la explotación, pero con responsabilidad civil y administrativa del joven.

Moyano y Fernández (1990) concluyen que es necesario que haya, por un lado, voluntad decidida del poder público y colaboración de la sociedad rural,

y por otro, jóvenes dispuestos a instalarse y explotaciones disponibles adecuadas (con un ingreso por unidad de trabajo familiar equivalente a un cierto porcentaje de un "ingreso de referencia"), para que el programa tenga perspectivas de éxito. Sin embargo, no se debe esperar que él altere las grandes tendencias socioeconómicas del país o de la región. Su éxito más bien se verifica comprobando si ayudó o no a dinamizar y renovar la población agrícola, si incrementó la rentabilidad de las explotaciones y si permitió una mejora de la calidad de vida y de trabajo en el medio rural, haciendo más atractiva y gratificante la actividad agraria.

Existen dos grandes líneas de política frente a este programa: la instalación neoprofesional, mediante la incorporación de agricultores nuevos y capacitados, capaces de ejercer la profesión de un modo eficiente,<sup>13</sup> y la instalación neorural, cuyos objetivos son favorecer el equilibrio demográfico, contrarrestar la desertificación de las zonas rurales y generar empleo juvenil en el sector agrario para mitigar los efectos negativos del desempleo en otros sectores de la economía.

Cada una de estas líneas de política cuenta con el apoyo de gremios y sindicatos de distinta conformación ideológica y de distinta trayectoria histórica. Francia fue un país pionero en este campo, ya que inició su política de instalación de jóvenes agricultores en 1973, mientras que sólo a partir de 1985 se puede hablar de una política de la CE al respecto.

González (1990) señala que a fines de los años ochenta, en España, la mitad de los agricultores mayores de 54 años y que eran titulares de tierras carecían de sucesor. Se vuelve entonces papel del sector público, de los gremios o de cualquier medio de comunicación de poner en contacto la generación de agricultores que está pronta a retirarse de la actividad con los jóvenes que tienen deseos de trabajar como

<sup>13</sup> En Francia, además del nivel de calificación académica exigida, estos jóvenes tienen que haber participado en un curso de 40 horas destinado a la elaboración de su proyecto de instalación y haber hecho una estadía de seis meses en una explotación agraria distinta de la familiar.

agricultores (o que no ven otra alternativa) y que buscan acceder a tierras.

La Comunidad Europea considera como “muy pequeñas” o “marginales” las explotaciones agrícolas inferiores a 4 unidades de dimensión económica (UDE). Cabe hacer notar que 69% del total de las explotaciones agrícolas españolas cae en esta categoría y que un quinto de los jóvenes españoles menores de 35 años que son titulares de tierras, lo son de estas explotaciones de menos de 4 UDE. Sin embargo, si bien la dimensión media a nivel nacional es de 5.3 UDE, las explotaciones en donde trabajan jóvenes de menos de 35 años tienen un promedio claramente superior (14.1 UDE) y aquéllas en donde el titular es menor de 35 años tienen un promedio de 17.9 UDE, con lo cual caen en la clasificación de “grandes” (o sea de 16 a 40 UDE) de la Comunidad Europea.

En hectáreas, el promedio nacional de las explotaciones es de 13.9 hectáreas, mientras que el de las explotaciones con titulares de menos de 35 años es de 25.3 hectáreas, es decir, casi el doble. El hecho de que la dimensión económica media de las explotaciones de titulares jóvenes triplique aproximadamente el promedio nacional, mientras que su superficie dobla ese promedio, se explica en gran parte por la mayor intensidad de estas explotaciones (con riego, ganadería intensiva, etc.). Una encuesta nacional a los jóvenes agricultores españoles mostró que 63.2% del total nacional y 51.6% de los titulares quisieran dejar su trabajo si fuera posible (contra 49% de los beneficiarios del programa de instalación), mientras 82% del total nacional dijo que prefería el propio hábitat frente a la perspectiva de migración (contra 92% de los beneficiarios del programa de instalación).

## VII

### Conclusiones

La pobreza rural en América Latina es profunda y las necesidades insatisfechas son grandes. Los progresos en las últimas décadas han sido pocos y de todas maneras insuficientes para cambiar esta situación. Por lo tanto, la población rural tiene pocas expectativas de elevar su nivel de vida y de lograr progreso personal en el medio rural y en la actividad agrícola en particular. Todo indica, sin embargo, que muchos de los jóvenes rurales de hoy tienen visiones de futuro más individuales y aspiraciones de mejoramiento personal mayores que las de las generaciones anteriores.

Por otra parte, la imagen que tiene la sociedad del productor agrícola —sobre todo del campesino o del indígena— es bastante negativa y la propia autoimagen del “trabajador de la tierra”, sobre todo la de los jóvenes, se ha deteriorado, entre otras cosas, a raíz de sus contactos crecientes con los medios de comunicación masiva, la “modernidad” y la “urbanidad”.

De varios estudios y entrevistas se desprende claramente que existe un alto porcentaje de jóvenes —hijos y más aún hijas de agricultores— que no solamente anhelan abandonar la actividad agrícola y migrar, sino que efectivamente cambian de actividad y de lugar de residencia. También hay un porcentaje alto de otros que no tienen anhelos de cambiarse de la activi-

dad ni del lugar de sus ancestros o, que si desean el cambio, no ven la posibilidad de concretarlo.

Así, sólo cerca de la mitad de los niños nacidos en los años sesenta en un medio rural todavía moran hoy en él. Aunque algo atenuada, esta tendencia persiste. Este hecho, combinado con un descenso de la natalidad (y también de la mortalidad infantil) y la migración rural-urbana de adultos, hace que por primera vez en siglos, se estime que en el presente disminuirán en cifras reales y no sólo relativas.

Esta realidad, así como la variable “jóvenes”, rara vez se incluyen en los análisis respecto al futuro del sector rural. Tampoco las políticas enfocadas al desarrollo rural (de educación, capacitación, salud, vivienda, infraestructura, servicios, recreación) y a corregir las imperfecciones de los mercados (de crédito, tecnología, tierras, insumos, agua en algunos países, etc.) toman en cuenta los anhelos y estrategias de los que serán los adultos de mañana. ¿Cómo se pretende entonces que tengan validez y efecto más allá del corto plazo?

Los jóvenes ciertamente constituyen un gran potencial para el desarrollo rural, tanto por la mayor educación que han recibido, como por ser más permeables a la modernidad y por el entusiasmo propio

de la juventud. Para aprovechar este potencial y esta energía es necesario crearles un espacio para que participen en la vida comunitaria y para que tengan la oportunidad de hacer su aporte productivo, no con miras a reproducir lo que sus padres lograron, sino para dar un salto adelante, tanto en ingresos como en calidad de vida.

La descentralización participativa tal vez sea el camino para ofrecer un nuevo protagonismo a los habitantes rurales, y con el tiempo, reforzar su autoimagen y su esperanza de un futuro mejor.

En algunos países, aun con un mejor y más equitativo acceso a los medios de producción, la diversificación de los cultivos, el uso de tecnologías más rentables y la apertura de nuevos mercados, no se lograría que el valor agregado por la actividad agrícola diese un ingreso "decente" a las personas empleadas en ella. Al parecer, varios de los países cuya población rural y agrícola todavía va en aumento se encuentran precisamente en esta situación. Para ellos, la respuesta es encauzar, con el menor costo personal y societal posible, a un número suficiente de personas

hacia otras actividades más productivas, ojalá sin causar grandes desequilibrios demográficos, pero sin dejar de lado las acciones necesarias para aprovechar el potencial agrícola.

Hay también lugares en América Latina —al igual que en Europa— donde el éxodo de jóvenes ha sido tal, que varios de los agricultores mayores no tienen sucesores para la actividad agrícola, aunque tengan herederos. En algunos de estos lugares se están dando fenómenos de involución, y de no habilitación o desmantelamiento de infraestructura y servicios. Para contrarrestar estas situaciones, los programas de instalación de jóvenes en el agro aplicados con apoyo de la Comunidad Europea podrían servir de inspiración para reunir a los jóvenes que desean instalarse en la actividad agrícola con agricultores mayores que no tienen sucesores para su actividad. Estos programas podrían ser acompañados o no con créditos o subsidios a la instalación, y exigir reestructuración y tamaño mínimo del predio, así como conocimientos adquiridos a través de la experiencia y del sistema escolar o de capacitación.

### Bibliografía

- Ayala Oramas, Ulpiano (1994): Contribución al diagnóstico sobre la deuda social rural en Colombia, *El agro y la cuestión social*, Bogotá, TM Editores.
- Banco Mundial (1992): *Informe sobre el desarrollo mundial 1992*, Washington, D.C.
- Barrera de Martínez, S. (1985): *La educación campesina: testimonio de un conflicto cultural*, La Paz, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF).
- Bastías Urra, M. (1983): *Socialización de menores en un área rural de pobreza extrema*, Santiago de Chile, Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación (CIDE).
- Bey, Marguerite (1993): De campesinos a ciudadanos: una nueva estructuración en comunidades campesinas del Perú, *Cuadernos de agroindustria y economía rural*, N° 31, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, segundo semestre.
- Caputo, Luis A. y Tomás Palau Viladesau (cons.) (1994): *Entre la exclusión y la reconstitución: la juventud campesina paraguaya en los noventa*, LC/R. 1373 (Sem. 73/5), Santiago de Chile, CEPAL.
- CELADE (Centro Latinoamericano de Demografía) (1991): *Boletín Demográfico*, año XXIV, N° 47, LC/DEM/G. 97, Santiago de Chile.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1991a): *Educación y transformación productiva con equidad en la agricultura: Problemas y propuestas*, LC/R.1084, Santiago de Chile.
- (1991b): *La juventud latinoamericana en los años ochenta: igualdad de oportunidades en educación y empleo*, LC/R. 960, Santiago de Chile.
- (1993a): *Estrategias de vida de los jóvenes rurales en América Latina. Obstáculos, condicionantes y políticas*, LC/R.1307 (Sem. 73/3), Santiago de Chile.
- (1993b): *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe. Edición 1992*, LC/G. 1747-P, Santiago de Chile, Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta S.93.II.G.1.
- Colombia, Ministerio de Agricultura (1994): *El agro y la cuestión social*, Bogotá, TM Editores.
- Cotlear, D. (1989): Los efectos de la educación en la productividad agrícola, *Revista de la planificación del desarrollo*, N° 19, Nueva York, Naciones Unidas, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales Internacionales. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta S.89.II.A.2.
- Díaz, Cecilia (1985): La juventud de la mujer mapuche: el duro camino entre las familias, CEPAL, *Mujeres jóvenes*, Santiago de Chile.
- Dirven, Martine (1993): Integración y desintegración social rural, *Revista de la CEPAL*, N° 51, LC/G. 1792-P, Santiago de Chile, CEPAL, Naciones Unidas.
- FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación) (1992): *Anuario de producción 1991*, vol. 45, Colección FAO: Estadística, N° 104, Roma.
- (1993a): *Agricultura hacia el año 2010*, Roma.
- (1993b): *Comparaciones internacionales de la producción y la productividad agropecuarias*, Estudio FAO desarrollo económico y social, N° 112, Roma.
- FIDA (Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola) (1993): *El estado de la pobreza rural en el mundo - La situación de América Latina y el Caribe*, Roma.
- Figuerola, A. (1986): *Productividad y educación en la agricultura campesina de América Latina*, Rio de Janeiro, Programa de Estudios Conjuntos de Integración Económica Latinoamericana (ECIEL)/Banco Interamericano de Desarrollo (BID).
- González, Juan Jesús (1990): La incorporación de los jóvenes a la agricultura, *Revista de estudios agro-sociales*, N° 154, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Secretaría General Técnica, octubre-diciembre.



- Hataya, N. (1992): Urban-rural linkage of the labor market in the coffee growing zone in Colombia, *The Developing Economies*, vol. XXX, Nº 1, Tokio, Institute of Developing Economies.
- Informativo campesino* (1992): El fenómeno de migración afecta con fuerza a familias campesinas, Asunción, Centro de Documentación y Estudios, marzo.
- Inkeles, A. y D. H. Smith (1974): *Becoming Modern - Individual Change in Six Developing Countries*, Londres, Heinemann Educational Books.
- Klein, Emilio (1992): *El empleo rural no agrícola en América Latina*, Documento de trabajo Nº 364, Santiago de Chile, Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe (PREALC).
- Levy, Santiago y Sweder van Wijnbergen (1992): Maize and the free trade agreement between Mexico and the United States, *The World Bank Economic Review*, vol.6, Nº 3, Washington, D.C., Banco Mundial.
- Lockheed, M. E., D. T. Jamison y L. J. Lau (1980): Farmer education and farm efficiency: A survey, *Economic Development and Cultural Change*, vol. 29, Nº1, Chicago, Ill., The University of Chicago Press.
- López Cordovez, Luis (1985): Transformaciones, tendencias y perspectivas, *Pensamiento iberoamericano*, Nº 8, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI)/CEPAL.
- Machado, Absalón (1994): Nueva institucionalidad para el desarrollo rural, *El agro y la cuestión social*, Bogotá, Tercer Mundo Editores/Banco Ganadero (BG)/Caja Agraria/Vecol.
- Matos Mar, J. y G. Alberti (1980): Educación, lengua y reformas en Perú. La perspectiva desde una comunidad rural, *Educación y sociedad*, Santiago de Chile, UNICEF/Ed.San Jorge.
- Mazoyer, Marcel L. (1981): Origines et mécanismes de reproduction des inégalités régionales de développement en Europe, trabajo presentado al Congreso de la Asociación Europea de Economistas Agrícolas, Belgrado, 11 de agosto-4 de septiembre de 1981, París, marzo, mimeo.
- Morejón, B. (1993): *La estrategia cubana de la vuelta al campo: anhelos y opciones de los jóvenes rurales*, Cuba, Universidad de La Habana.
- Moyano Estrada, Eduardo y Mari Cruz Fernández Durántez (1990): Teoría y práctica de la instalación de jóvenes en la agricultura, *Revista de estudios agro-sociales*, Nº 154, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Secretaría General Técnica, octubre-diciembre.
- Muriedas, María del Pilar (1988): *Familia y crisis económica en México*, Serie de estudios y documentos Unidad Regional de Ciencias Humanas y Sociales para América Latina y el Caribe, Nº 6, Caracas, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), septiembre.
- OCDE (Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos) (1990): *The Informal Sector Revisited*, París, D. Turnham, B. Salomé y A. Schwarz (eds.).
- OIT (Organización Internacional del Trabajo) (1992): *Trabajo en el mundo*, Ginebra, Naciones Unidas.
- Phillips, J. M. (1987): A comment on farmer education and farm efficiency: a survey, *Economic Development and Cultural Change*, vol. 35, Nº 3, Chicago, Ill., The University of Chicago Press.
- Vecino, S., J. C. Tedesco e I. Hernández (1980): Proceso pedagógico y aprendizaje en contextos de heterogeneidad cultural: el caso de la sierra ecuatoriana, *Educación y sociedad*, Nueva York, UNICEF.